

HOJAS DE REYES

SANTIAGO ÁLVAREZ MUÑOZ, 'NARNARON'

Yo sólo soy una pobre vieja cuyos huesos crujen en las noches de invierno como ramitas secas. Ahora queréis que os cuente una historia, decís. Todos aquí, sentados alrededor del fuego porque afuera el viento canta desde el Mindolluin su pena eterna y aún no queréis volver a casa, pues tenéis los pies fríos y las narices enrojecidas. Queréis algo que os caliente el corazón y os dé fuerzas; esta sopa y este fuego no lo consiguen. Sea, pues. Yo conozco un cuento que alimenta la esperanza. Es una historia que quizá conozcáis, pues una vieja repite una y otra vez lo que le sucedió antaño. Yo era una niña, en la época de la Gran Guerra contra la Oscuridad, antes del retorno del Rey, cuando nuestro Señor Aragorn aún no se sentaba en el trono de Gondor, y la suerte de nuestro mundo era incierta.

Por aquel entonces sólo había visto once inviernos la nieve de las Montañas Blancas desde los prados de Lossarnach. Mi madre servía como sanadora de la aldea y era sobrina de Ioreth, la más antigua mujer en las Casas de la Curación de Minas Tirith. Sólo aquellos que conozcan la importancia de tal puesto pueden imaginar el orgullo de mi familia y el cariño que nuestras gentes nos procuraban.

Eran tiempos oscuros, no obstante; una sombra se agitaba tras los muros de Mordor y la gente hablaba de orcos que cruzaban el Anduin en grupos aislados. Nadie salía de sus casas después de anochecer y unos pocos se reunían en secreto para preparar la defensa de sus tierras. Denethor II, nuestro Senescal, había difundido un llamamiento desde las costas de Anfalas hasta Pelargir solicitando la ayuda de todo hombre armado en la defensa de Minas Tirith ya que, si la ciudadela caía, todos lo haríamos. Es difícil de explicar cómo una niña entiende esta situación. Yo me mostraba seria y trabajadora, ayudaba en todas las tareas, pero sentía el peligro de manera indiferente. La muerte no había rozado a mi familia, por lo que a mí respecta éramos inmortales como los Elfos y ninguna transformación de mi universo particular iba más allá del cambio de color en las hojas de los árboles o del tránsito en las fases de la luna.

Un día, los hombres se fueron a cazar. En aquellos tiempos salían formando grupos numerosos, ya que preferían arriesgarse a espantar la caza que a sufrir una emboscada del enemigo. Tardaron mucho en volver, y el nerviosismo se extendió como una pesada capa en la aldea, cubriendo de malos augurios nuestros corazones. Sin embargo, pasado el mediodía, cuando algunos ya habían decidido acudir a la aldea cercana en busca de auxilio, volvieron los hombres. Traían las caras sombrías y la sangre manchaba su acero y sus ropas. Ninguno de

ellos había caído, pero Tobb el herrero no volvería a empuñar el martillo en la forja y Murnald no caminaría otra vez sin la ayuda de un bastón.

El más corpulento llevaba un cuerpo inerte sobre sus brazos. Aquel hombre grande se abrió paso entre los que mirábamos y, al verme, se dirigió a mí:

—¿Está tu madre en casa?

Yo sólo pude asentir con la cabeza, mientras observaba la sangre que manchaba su cara y el cuerpo del hombre inconsciente que portaba sin esfuerzo. Hizo un gesto rudo y afirmativo, y continuó su camino con un par de hombres que aún le acompañaban. La gente de la aldea cuchicheaba entre sí y pude oír fragmentos de frases apresuradas:

—¡Eso era un elfo! —decía una voz.

—No es posible, hace años que los elfos no pisan estas tierras, ¿qué podrían estar haciendo por aquí? —contestó otra voz, claramente disgustada.

—Sí que lo es. Las orejas puntiagudas, los miembros frágiles y el cuerpo esbelto. Es un elfo, no había visto ninguno de ellos desde mi juventud, cuando aún era muy transitado el camino entre Minas Tirith y el puerto de Edhellond, allá en el oeste —dijo la primera voz.

—Y aparecen justo ahora, ¡malditos sean! Cuando el destino empieza a cernirse sobre los condenados, los pájaros de mal agüero revolotean con más fuerza.

—Quizás hayan venido para ayudar...

—¿Para ayudar, dices? Más bien parece él quien necesita ayuda, y como siempre las gentes de Gondor, los que soportamos el peso del mundo, somos quienes tendremos que arrimar el hombro, solos contra la Sombra.

—Calma, Terfuin —dijo una tercera voz, más cálida y sabia—, que el orgullo no ciegue tu juicio. Quizás esa sangre elfa se haya vertido para defender el territorio de Gondor. No te dejes engañar por las apariencias hasta que todo se haya aclarado.

—Lo que dice Baranor es muy posible —exclamó la primera voz—. Incluso puede que haya llegado un ejército de Elfos a Minas Tirith para unirse a nuestra lucha contra el Enemigo, tal y como ocurrió en tiempos pasados.

—Despierta, vieja ignorante —dijo despreciativa la segunda voz—. Esos tiempos pasaron y no volverán. Los Elfos se esconden en sus bosques encantados a salvo del peligro que sólo los Hombres debemos encarar. Hace ya meses que el Señor Boromir partió hacia Imladris en busca del consejo de esa raza y ¿qué es lo que se ha conseguido? Nada, salvo que quizás haya muerto o esté perdido. Y eso nos ocurrirá a todos si no aceptamos encarar la Oscuridad que se avecina.

—En todo caso, esas cuestiones escapan para la gente humilde como nosotros, que no tenemos que decidir la suerte de la Tierra Media —dijo Baranor—. Nuestro Señor Forlong hallará lo que se oculta tras esto, e informará a la Ciudadela de ser preciso. Nuestra tarea no es decidir, sino estar dispuestos a ayudar en todo lo necesario.

—Quizás tengas razón, Baranor —dijo la segunda voz—. Y mucho me temo que eso es algo que tengamos que hacer demasiado pronto.

Esta conversación me había retenido un poco entre la gente. Corrí hacia mi casa y, cuando por fin llegué a la puerta, Forlong y sus dos hombres estaban depositando al elfo sobre mi propia cama. Mi madre iba y venía por toda la habitación buscando vendas, hierbas y pomadas. Al verme, se detuvo un momento y señaló hacia la chimenea:

—Harith, cariño, pon a hervir una olla de agua, por favor.

—Sí, mamá, ahora mismo.

Después de haber preparado infusiones y cataplasmas, volví a la habitación donde se encontraba el herido. Los otros dos hombres se habían marchado, y mi madre hablaba con Forlong. Este parecía muy preocupado e insistía en interrogar al elfo, que permanecía inconsciente entre las sábanas. Mi madre le había vendado el hombro izquierdo y la cabeza, mientras su brazo derecho estaba envuelto en una cataplasma de hierbas. Al parecer, lo habían encontrado gravemente herido en la orilla occidental del Anduin, prisionero de unos hombres del Sur que le hubieran matado. Forlong y los suyos habían tenido que luchar bravamente para expulsar a los extranjeros y salvar la vida de aquel extraño. Era necesario averiguar lo que había pasado. A pesar de todo mi madre se negaba, ya que el enfermo estaba muy débil y su vida aún corría peligro. Forlong acabó dándose por vencido, girándose hasta que me descubrió espiando por la rendija de la puerta entornada. Una sonrisa ablandó sus rasgos; posó su manaza sobre mí al tiempo que decía:

—Tu madre es una mujer fuerte, Harith. La misma fuerza que veo en tus ojos.

Después de asegurarse de que sería avisado tan pronto como el elfo mejorara, salió de la casa. Mi madre miraba el brazo derecho del herido con preocupación. Me dijo:

—Llama a Terfuin y a las otras mujeres. Diles que vengan de inmediato, necesito su ayuda para salvarle. Quién sabe si luego nos dirá algo que hubiéramos preferido no oír... Tú quédate en casa de Baranor entre tanto. Mandaré por ti en cuanto puedas venir.

Me quedé a los pies de la cama, sin poder moverme. El moribundo, a pesar de su lamentable estado, era hermoso, de una belleza más allá de los Hombres. Era uno de esos seres que sólo aparecen en los cuentos que las viejas como yo

recitan por las noches, y que tratan de tiempos que siempre fueron más felices y más gloriosos. La gente solía hablar mal de los Elfos, los despreciaban y los temían, a pesar de que muy pocos los habían visto. Yo, sin embargo, no advertía mal alguno en aquel que se aferraba a la vida bajo el techo de mi casa; un ser puro, que no había sido rozado por el velo que envuelve a los Hombres. Así vi entonces a los Elfos, no como demonios que deberíamos evitar, sino como lo que los Hombres podríamos ser sin nuestro orgullo y nuestra vulgaridad.

Pero al fin mis pies se pusieron en movimiento y avisé a las mujeres tal y como mi madre me había dicho. Después acudí a casa del viejo Baranor, el cual se alegró mucho de mi presencia, puesto que desde hacía años vivía solo. Pasó aquella tarde y aquella noche. Los hombres se reunieron en casa de Forlong, desconcertados ante lo que pudiera significar la aparición del elfo. Llegó la mañana, y con ella algunas noticias hasta la casa de Baranor.

Fue Terfuin quien las trajo pues, a pesar de ser una vieja desconfiada y huraña, también era en quien más confiaba mi madre. Como me dijo mi anfitrión en cuanto ella volvió a salir por la puerta, bajo aquella costra que las heridas y el tiempo habían formado se ocultaba un corazón generoso.

—Saludos, Baranor —comenzó Terfuin—, me manda la madre de la niña por si necesitabas algún alimento para ella. También quería saber si puedes acogerla en tu casa unos días más.

—Harith es ya casi una mujer —dijo el anciano para mi sonrojo—, come de mi despensa sin ninguna queja y me ayuda mucho, e incluso escucha mi interminable charla. No sabría decir quién cuida de quién. Será un placer tenerla aquí hasta que su madre lo crea oportuno. Por cierto, ¿qué noticias hay del enfermo?

—Buenas y malas, supongo. Una raza fuerte, sin duda. Nunca había visto una herida cerrarse con tanta rapidez. El peligro más inmediato ha pasado, pero a costa de perder su mano derecha. Un hacha le había abierto un corte demasiado terrible como para describirlo aquí —me miró condescendentemente—. Hemos hecho lo que hemos podido, aunque ignoro si habrá sido suficiente.

—Estoy seguro de que no ha podido hacerse más. ¿Vivirá, entonces? —preguntó Baranor—. Miras al suelo con pesar, como si temieras algo.

—No sé lo que veo en él cuando estoy allí —crujió la voz de Terfuin—. Es un ser tan hermoso... no debe morir. Pero hay otra herida dentro de él, una que no pueden alcanzar nuestras medicinas, y que le está consumiendo poco a poco.

—¿Puedo verlo? —la interrumpí, levantándome de mi asiento—. Yo podría cambiarle las compresas de agua y las cataplasmas, airear la habitación, leerle algún libro mientras descansa.

—Tu madre te conoce bien —sonrió Terfuin—, me dijo que tendrías esa reacción y que podías ir a ayudarla cuando quisieras —miró significativamente a Baranor—. Siempre que tu anfitrión te permita descuidar otras obligaciones.

—Así se hará —dijo Baranor—; vislumbro en ella un lazo con el herido que yo no me atrevo a desatar. Aunque ahora tendremos que recoger el desayuno, ¿verdad, Harith?

Así fue como comencé a encargarme diariamente de nuestro enfermo. Era una figura extraña en mi cama: más alto que cualquiera de nuestros hombres, y mucho más ligero; los cabellos rubios sobre la frente sin arrugas y el mentón alargado que apuntaba al techo con tristeza. Calmé su fiebre con paños húmedos que cambiaba con frecuencia y retiré las vendas de sus heridas a los pocos días; como había dicho Terfuin, cicatrizaban con rapidez. Antes de una semana, tan sólo mantenía una venda que le cubría el muñón de su brazo, por encima de la muñeca perdida. Perfumé la habitación con aromas que crecen al pie de las montañas y leí con especial dedicación algunos pasajes de los dos únicos libros que se guardaban en nuestra aldea. Durante todo este tiempo, el enfermo permaneció inconsciente; en ocasiones agitaba su cabeza de un lado a otro y hablaba en un lenguaje que yo no podía comprender. También movía su brazo mutilado, como si buscara algún objeto invisible.

En ocasiones se acercaba Forlong a interesarse por su estado y preguntaba si había dicho algo significativo en sus delirios febriles. También llegaron al borde de mi cama Terfuin y otras mujeres, y hasta el mismo Baranor acudió un par de veces para contemplar por sí mismo la evolución de aquel elfo cuyo nombre desconocíamos. Hablaban con mi madre, traían noticias del este y de la guerra que tarde o temprano nos alcanzaría, y así fui tomando conciencia del peligro al que se enfrentaba nuestro pueblo. Las voces eran graves y las palabras desesperanzadoras; las caras miraban alternativamente del suelo al semblante del herido, y nadie salvo los más fuertes soportaban los ojos de sus interlocutores sin un nudo que les impidiera hablar.

El velo de mi ingenuidad había sido levantado al fin, pero no fue sustituido por la resignación ni la pena. Éramos gente de carácter vivo, acaso el mayor de los Pueblos Libres, y si alguien podía detener al enemigo seríamos nosotros. El Señor Denethor era sabio y poderoso y mandaba un ejército que imitaba fielmente la gloria de antaño: el Enemigo habría de temerlo. Eso me contaba Baranor cada noche antes de acostarme; si lográbamos renunciar a nuestro miedo y nos manteníamos unidos, brillaríamos con la fuerza de una llama que, en medio de la tormenta, se mantiene clara y pura sobre la noche. A esa misma fuerza me aferraba cuando el sueño tardaba en acudir, esa fuerza alimentaba la dedicación y la fe con la que cuidaba a nuestro herido. Pensaba que si él moría, todo lo hermoso que poblaba mis cuentos infantiles desaparecería; todas nuestras esperanzas morirían con él. La guerra entera dependía de esa batalla contra la muerte, y yo luché en el cuerpo a cuerpo con la espada de mi ilusión, sin cejar en mi empeño ni dar un paso atrás.

Un día, los ojos del herido se abrieron. Era media mañana y los rayos solares entraban en ángulo sobre el suelo de la sala, que olía a bosque húmedo y a lavanda. Acababa de cerrar el libro que había estado leyendo; después de alisarme las ropas me disponía a salir de la habitación en busca de algo que comer, cuando un pequeño movimiento a mi derecha hizo que me detuviera.

Acudí al lateral de la cama. Los párpados del elfo se alzaron, y unos ojos almendrados del color de las hojas en otoño me miraron directamente con asombro. Me encontraba sola en casa, así que no quise llamar a nadie hasta comprobar que el herido podía permanecer consciente.

—*Man echuion?*

—No entiendo lo que dice, señor. ¿Conoce mi idioma?

El elfo parpadeó, aturdido.

—*Ú-henion nad...* ¿Dónde me encuentro? —dijo, hablando como si expresarse en mi lengua le costara un profundo esfuerzo—. ¿Dónde están los otros?

—Está en una aldea de Lossarnach, al sur de las Montañas Blancas, a pocas millas de Minas Tirith. En cuanto a los otros, ¿a quién se refiere?

—Los otros... mis compañeros. —Miró a su alrededor, luego hacia su cama, y fue como si de repente hubiera comprendido una compleja explicación que yo habría tardado horas en contar—. Entonces ya no hay esperanza.

—No hable así, señor. En estos tiempos todos necesitamos tener esperanza si no queremos estar perdidos —dije muy seriamente, y él quedó de veras sorprendido.

—¿Qué edad tienes, pequeña dama? —preguntó con su primera sonrisa.

—Me llamo Harith y sólo tengo once años, pero son suficientes para saber lo que puede pasar si nos dejamos llevar por la desesperación. No puede morirse, ¿me entiende? Si usted se muere, nos moriremos todos y ya no quedará nadie que pueda contar nuestra historia. Ahora iré a buscar a mi madre, procure no dormirse mientras vuelvo. Bébase este caldo, le dará fuerzas.

—Mi nombre es Lassedhel —dijo cuando ya me daba la vuelta—; trae también al jefe de la aldea, tengo que contarle cosas importantes para la suerte de estas tierras. ¡Corre, aprisa!

Mi madre y Forlong no me permitieron entrar con ellos. Cosas de mayores, dijeron. Mi madre me envió a realizar diversos recados que requerían, al parecer, de una inusitada urgencia. No tuve más remedio que obedecer y, cuando ya anochecía y pude al fin sentarme en casa de Baranor, le pregunté qué estaba sucediendo.

—Tu amigo el elfo nos ha contado cosas sorprendentes —empezó el anciano—, cosas que confirman nuestras peores sospechas. Los hombres del Sur se han unido al Enemigo y están reuniendo un gran ejército al otro lado del Anduin. Hemos mandado emisarios llevando estas nuevas. No son noticias alegres, pero hubiera sido peor conocerlas demasiado tarde —relajó un poco la tensión de los hombros, antes de añadir—. Tu madre cree que has tenido mucho que ver con la mejoría de nuestro huésped.

—¿Yo? —exclamé con un grito—. Tan sólo cambié los paños y le leí libros...

—Él hablaba de una dama humana, una señora de enorme belleza y serena presencia, que se le aparecía en sus sueños y le instaba a luchar por su vida.

—Pero la única que ha estado a su lado todo este tiempo he sido...

—También él se sorprendió cuando se lo dijimos —Baranor sonrió con ternura—. Es una bonita historia que un día será contada, si es que queda alguien que pueda escucharla.

—¿Cuándo podré verlo?

—Está muy fatigado. Ha sufrido mucho y Forlong estuvo hablando con él durante horas, hasta que ha podido reconstruir toda su historia. Además —hizo una pausa y su tono se convirtió en un susurro—, todavía su vida no está a salvo; existe una gran debilidad en él. La pérdida de su mano derecha y de sus compañeros le angustia terriblemente. Cree que no merece la pena otra cosa salvo una huida, y tememos que vaya apagándose poco a poco —suspiró—. Lo mejor sería que no fueras hasta la tarde.

Transcurrió otra noche más y le siguió la mañana. Cuando llegó la hora convenida fui a ver a Lassedhel. Se encontraba semincorporado sobre la cabecera de la cama, los ojos hacia la ventana abierta y a su lado, vendada, su mano inútil, como una advertencia. Se alegró mucho de verme, aunque hablaba con lentitud y evidente esfuerzo. Me pidió que me sentara a su lado.

—Así que tú eres la Gran Dama de los Hombres...

—No exactamente —dije, ruborizándome—, yo sólo quería que te recuperaras.

—¡Ay! Contra el mal que me acecha nada puedes hacer, me temo. No pude evitar preguntarle por lo que le había hecho terminar en aquel estado. Cerró los ojos durante unos segundos y empezó a hablar. Durante su relato no apartaba mi atención de él, manteniendo mi cara grave y solemne. De cuando en cuando él hacía una pausa en algún punto y parecía estar recordando algo. Mi frente se arrugaba entonces, pues era el único gesto que podía permitirme.

—Nunca debimos venir. La suerte del mundo ya está echada, pues esa es también la suerte de los Hombres. Todo en lo que el hombre posa sus ojos acaba corrompido, explotado y tergiversado para que pueda servir a sus propósitos.

»Mi hogar está en los bosques del norte, en las estancias del Rey Thranduil. Hace ahora algunos meses llegaron muchas señales de peligro para el mundo, y todo aconsejaba prudencia. Las voces de nuestros sabios pidieron que nos ocultáramos en nuestros territorios, pues aún somos fuertes y ningún mal nos tocaría si cerrábamos las puertas al exterior. De los Enanos, nadie puede fiarse; y en los Hombres todos temen ese espíritu de prisa y destrucción que les domina y les consume.

»Nuestro rey es generoso y, desoyendo a sus consejeros, decidió ayudar a los Pueblos Libres en la medida de sus fuerzas, sin por ello descuidar sus posesiones. Pactó con los Hombres del Lago una alianza que les permitiera la defensa común de los ataques desde el sur, y envió a su propio hijo a Rivendel, en busca del consejo de Elrond. También mandó a un grupo de sus mejores exploradores a las tierras de Gondor, para vigilar la Sombra que empezaba a alzarse. Yo era uno de ellos.

»Viajamos a lo largo del Anduin, sorteando los rápidos de Sarn Gebir y el siempre rugiente Rauros. Esquivamos las flechas orcas que volaban desde la orilla oriental y matamos no pocos enemigos. Nos amparamos en la noche y conseguimos llegar sin bajas a Ithilien. Allí conocimos a hombres que combatían por encima de sus esperanzas y, por ese puñado de corazones indomables, continuamos la misión cuando nuestro espíritu desfallecía. Acechamos la organización de tropas, abatimos a mensajeros que comunicaban los ejércitos, confundimos a sus centinelas, tales eran las tareas que allí realizamos.

»Un día partimos a media noche. El grueso de un ejército de hombres del Sur se preparaba para la guerra. Nosotros lo sabíamos y nuestro encargo era averiguar su naturaleza y número. Algo fue mal. Con los humanos marchaba una presencia que nos turbó profundamente. Fue demasiado tarde cuando al fin supimos de qué se trataba: era uno de los Nueve, montado en un gran corcel negro y ataviado con una capa más oscura que los pensamientos de aquel que nadie osa nombrar. Niña, tú no los conoces; esos seres dominan las mentes mortales como tú puedas modelar el barro. Iba en cabeza de aquella horda sosteniendo el hilo de la voluntad de todos, y husmeaba el aire en busca de los espías que ya había detectado. Nos descubrieron y nos rodearon. A duras penas conseguimos escapar y cuando ya llegábamos al río descubrimos la emboscada.

»Eran demasiados. Luchamos con valor, y muchos de ellos perecieron a nuestras manos, pero no pudimos aguantar su embestida. Uno a uno, todos mis compañeros fueron cayendo, hasta que el último de ellos expiró mirando mi cara inclinada sobre él. Yo mismo estaba herido de gravedad. Conseguí llegar hasta las barcas, pero no fui capaz de desatar las otras, pues tan sólo tenía una mano útil y las fuerzas justas para llegar al otro lado. Los hombres del Sur, bien por venganza

o para conseguir información, montaron en las otras barcas y me siguieron hasta la orilla occidental.

»Corrí entre los árboles golpeándome muchas veces. En mi cabeza latía el dolor de mis heridas y la tristeza por mis compañeros. Vacilé, trastabillé y caí, y ya no pude levantarme. Trataba de mantener los ojos abiertos, pero entonces una figura tapó toda la luz y ya no vi ni oí nada más.

Concluyó, y parecía no tener ganas de seguir hablando. Miró al techo de la habitación mientras el silencio se espesaba durante más de un minuto. Tenía que decir algo.

—Yo... lo siento mucho.

—No, pequeña, no tienes nada que sentir. Ya no hay nada que hacer —hizo un gesto en el aire con su brazo inútil—. Esta mano no volverá a tocar un arpa o a lanzar una flecha. Es, como todos nosotros, cercenada por la desgracia.

Apenas pronunció estas palabras salí corriendo de la habitación. Crucé toda la casa sin encontrar a nadie y me refugié en el dormitorio de mis padres, lejos de cualquier presencia molesta. Allí me senté cerca de un rincón, frente al tapiz que cubría una de las paredes, y apoyé mi cara entre las manos hasta que acudieron las lágrimas.

Cómo lloré. Lo hice en silencio a pesar de mi soledad, como si me avergonzara el hecho de ser débil, como si el llanto no fuera una liberación sino una carga adicional a la pesadumbre del mundo, y yo no quisiera que aquel mal saliera de la habitación. A ratos me detenía para recuperar el aliento y me pasaba un pañuelo por los ojos enrojecidos, o recogía el vuelo de mi falda y me limpiaba la humedad de las mejillas. Tosía con la mano en la boca, gemía quedamente con los ojos cerrados, apretaba los puños cerrados contra las sienes y continuaba derramando sal por mi cara. Recuerdo aquel episodio como si todavía tuviera el pañuelo mojado en una mano y aquel peso sobre mi cabeza; no con la emoción de quien recuerda algún suceso pasado, sino con el mismo dolor y la misma rabia palpitando en mi cuerpo.

Ignoro cuánto tiempo pude estar así. Cuando decidí levantarme mis piernas estaban dormidas y la tarde comenzaba a declinar. Me tambaleé un instante, mientras mi visión se aclaraba y los objetos dejaban de parecerme borrosos. Había alguien bajo el dintel de la puerta; era Lassedhel. Al punto comprendí que había estado observándome todo aquel rato. Sus escasas fuerzas le habían permitido llegar hasta allí, a pesar de lo cual se apoyaba sobre una de las jambas, como extenuado por un gran esfuerzo. Su rostro estaba pálido. Permanecía ligeramente agachado para no golpearse la cabeza, y en sus ojos había un brillo que no supe comprender. Era como un vacío, pero también podía ser un destello de solidaridad o gesto amistoso; o era desconcierto; o simplemente admiración.

No supe qué decir, avergonzada por el aspecto que presentaría mi cara mojada y encendida. Nada tuve que hablar, puesto que él se adelantó.

—Los Hombres sois una raza sorprendente —empezó—. Tan pronto os volvéis hacia la destrucción como arrojáis al mundo una ternura que no logro comprender.

—Yo... estoy triste por ti y tus compañeros —balbuceé.

—En ti veo el principio de la esperanza, Harith —con su mano sana trazó un signo abierto delante de él—. Quizás todavía lleguen tiempos mejores...

—¿Vas a volver a luchar? —pregunté a trompicones—. ¿Te quedarás para ayudarnos?

—Me temo que no, pequeña —contestó Lassedhel—. Mi tiempo ha pasado. Me espera el Mar y lo que se encuentre más allá. Tan pronto pueda emprender el viaje partiré hacia el oeste, hasta llegar al puerto de Edhellond. Allí se encuentran los navíos de mi pueblo. Me llevarán al lugar donde habitan aquellos que terminaron sus días en la Tierra Media. No puedo morir, pequeña, pero estoy muy cansado y sólo encontraré reposo donde voy, entre los míos; es algo que quizás entiendas más adelante.

Lo miré desde mi corta estatura, esforzándome por no volver a llorar.

—Pero quizás —continuó—, es posible que aún pueda dejar alguna huella de mi paso aquí. Tal vez entonces el sacrificio de los míos tenga un significado que se me escapa.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, arrugando el entrecejo.

—No lo sé, pequeña Harith —dijo Lassedhel—. Entre mi pueblo se dice que poseo un don. Que de alguna manera puedo vislumbrar el futuro o, al menos, una parte de él. Muchas de estas visiones mías me han horrorizado, otras me han empujado a seguir hacia delante. —Se quedó pensativo—. Veo el principio de algo, ignoro qué podrá ser, pero si la luz prevalece sobre la sombra, algo bueno saldrá de todo esto.

Y sonrió. Yo no pude evitar reírme, encantada.

—Hablas en jeroglíficos —le dije.

—Es posible —contestó él—. Frecuentemente los sabios hablan en un lenguaje cifrado para que nadie más pueda comprenderlos. Aunque muchas veces es precisamente para ocultar su ignorancia, pues la verdad se halla a menudo en las cosas más sencillas y puras.

Volví a reírme; no había entendido sus palabras, aunque las memoricé, pues me parecieron en verdad importantes, como luego mi propia vida me ha mostrado. Volviendo sobre sí mismo, Lassedhel apoyó su mano hábil sobre mi

hombro y, como si yo fuera un bastón viviente, caminamos juntos hasta su cama, donde se echó para volver a reposar.

Los días pasaban veloces. Las noticias del peligro que se agrandaba sobre nosotros cambiaban a cada momento; encogían los corazones y turbaban el sueño de la aldea. Forlong organizó a todos los hombres de Lossarnach y dispuso las defensas necesarias para la guerra que se avecinaba desde el sur y desde el este. Los hombres forjaron nuevas espadas y las mujeres almacenaron toda la comida posible; hasta los ancianos y los niños como yo tuvimos que trabajar tras la caída del sol.

Y el día en que Lassedhel partiría se acercaba. Había recuperado sus fuerzas de una forma que asombró a todos, como si una resolución interna le empujara hacia algún sitio y su cuerpo se viera obligado a sanar. Durante los últimos días, Lassedhel caminó conmigo entre los árboles y me enseñó sus nombres; habló con las ardillas, y cantó canciones olvidadas con una voz clara y llena de nostalgia.

Un día le acompañé por última vez. Caminábamos por el sendero que lo conduciría hasta Edhellond y al otro lado del Mar, donde ya no volvería a verlo. Llegamos al punto donde nos habríamos de separar, y yo hablaba sin parar, tratando de alargar aquel momento previo a la despedida.

—Todavía no me has enseñado el nombre de todas las plantas y las hierbas de mi tierra. Ya sé que son muchas, pero hay algunas que hasta los más viejos desconocen. Tú, sin embargo, parece conocerlas todas. No hay ninguna que no puedas nombrar.

—Olvidas que los años que he pasado entre los árboles son mucho más numerosos de los que vuestros ancianos verán jamás —dijo con una sonrisa—, tal es la dádiva de los Elfos. Estos árboles son jóvenes para mí, me hacen sentir mayor, aunque fuerte.

De pronto vi algo. Todo mi entusiasmo juvenil escapó en un grito entrecortado. Agarré a Lassedhel por una manga y tiré de él hasta señalarle el lugar al que estaba apuntando. Detrás de un matorral, oculta entre el romero que bordeaba una encina, había una pequeña planta de hojas dentadas. Lassedhel se agachó a observarla con interés mientras yo seguía con mi charla interminable.

—¿La ves? Es bonita, ¿verdad? Pues aunque he preguntado hasta a Baranor, nadie ha sabido decirme qué planta es. A veces se la ve aquí y allá, cuando uno menos la espera, pero no cuando la busca, ¿no es curioso? Y mi tía loreth, cuando viene de visita, dice que son buenas para purificar el aire viciado o aliviar una pesadez pasajera, aunque no todos la creen. Desprende ese olor tan agradable cuando se pasa cerca de ellas... Mamá dice que si nadie conoce una planta o si ha sido olvidada será porque es venenosa, y no deja que yo las lleve a casa, o que pueda incluso tocarlas.

Lassedhel había sacado un cuchillo de su cinturón para cortar las hojas; lo hizo con extrema delicadeza y, a pesar de contar sólo con una mano, consiguió mantener intacto el pequeño tallo y su raíz en el suelo del bosque. Depositó las seis hojuelas sobre mis palmas abiertas.

—No son venenosas —dijo él con alegría—, son *athelas*.

—¿*Athelas*? —pregunté sorprendida.

—Así las llama mi pueblo —continuó—, y en la lengua de los que viven más allá del Mar se nombran como *asëa aranion*. Para vosotros son *hojas de reyes*. Tienes razón, no se encuentran usualmente, parecen escoger los momentos de mayor dificultad para aparecer. Dan fuerza a los corazones y esperanza a los heridos más allá de todo conocimiento. Y también son un buen presagio. Tómalas, y dales buen uso.

—Pero no puedo aceptarlas —objeté con gesto serio—, tú necesitas más de ellas que yo. Si tanto poder esconden, tal vez puedan curar la herida que te atormenta.

—No, pequeña Harith, ni un bosque entero de *athelas* lo haría. Mira, debo irme, el camino empieza aquí y hasta Edhellond quedan cerca de cuatrocientas millas. Pero primero pararé en Dol Amroth y hablaré con sus moradores; les corre sangre élfica por las venas, pues las gentes de Nimrodel habitaron aquellas tierras en tiempos remotos. Les contaré de lo que he visto, y del peligro que nos acecha. Quizás acudan con más presteza hasta la Ciudadela.

—Es muy posible que te cruces en el camino con las tropas del príncipe Imrahil —me apresuré a decir—. La llamada del Senescal llegó hasta aquellas tierras y ya deben haberse puesto en marcha.

—Razón de más para que parta de inmediato, haré que se apresuren para que puedan llegar antes de que las puertas de Minas Tirith estén cerradas. —Posó sobre mi cara los bellos ojos almendrados—. Adiós, pequeña Harith, ¡adiós! Me acordaré de ti el tiempo que me quede, y llevaré al Oeste algo de esperanza sobre estos hombres que tanto desconciertan a mi pueblo. ¡Adiós, adiós, adiós!

Se dio media vuelta y echó a caminar colina abajo, con un paso ligero y muy rápido. Entonces comenzó a cantar:

¡De plata fluyen los ríos del Celos al Erui

en los verdes prados de Lebennin!

Alta crece la hierba. El viento del mar

mece los lirios blancos...

Hace tiempo que no consigo recordar toda la canción. He olvidado una parte, como muchas cosas del pasado que se perdieron. Yo estaba sobre la colina,

viéndolo desaparecer en el paisaje, como tantos sueños felices que se esfuman y se quedan en nada. Sin embargo, en mis manos había un tesoro concedido sólo a mí. Un buen presagio, había dicho. Las lágrimas que corrieron entonces por mis mejillas no fueron de pena, sino de gozo, y un dolor me golpeó en el pecho cuando el viento de la tarde trajo hasta mí los últimos versos:

... en el viento del mar,

en los verdes prados de Lebennin.

Días más tarde, los hombres de armas se preparaban para otra partida: la que les conduciría a la guerra. Las señales eran evidentes y el tiempo había llegado. En el claro donde se reunían los caballos, el anciano Baranor conversaba con Forlong. El primero era una figura encogida, envuelta en su capa; frente a él, aquel caudillo que sobrepasaba ya la madurez era aún fuerte como un castillo, con sus anchas espaldas como muros bajo la cota de malla.

—Todavía lamento que no podamos enviar más tropas a la Ciudadela —dijo Baranor—, la necesidad es grande y quizás estas fuerzas resulten insuficientes.

—Lo sabes tan bien como yo —le contestó Forlong—: ante la amenaza del Sur no podemos dejar sin protección a los que no pueden luchar. Los que cabalgarán a Minas Tirith son sólo doscientos, pero son mis mejores hombres; y su capitán va con ellos —y alzó con orgullo el mentón barbicano.

—Tienes razón, es mejor así, estas sólo son las quejas de un viejo. —Bajó la mirada hacia lo que llevaba en las manos—. Una última palabra, mi amigo Forlong, desearía que llevaras esta cajita de madera contigo y que se la entregaras personalmente a mi hijo Beregond, de la Tercera Compañía de la Ciudadela.

—Así se hará, amigo mío —respondió Forlong al tiempo que estrechaba solemnemente la mano del anciano—. Debo partir ya. Adiós.

—Mi buen Forlong, sé bravo en la batalla y prudente con la astucia del enemigo. Escúchame: aquí defenderemos nuestras tierras contra el invasor, y acaso alguno de los dos sucumba a la sombra y no volvamos a vernos. Mi corazón así me lo dice. Por toda respuesta, el semblante del guerrero se endureció con determinación y respeto. Se puso un yelmo negro y montó un caballo de osamenta poderosa, donde recibió una lanza larga y pesada. Hizo un gesto a sus hombres y partieron todos hacia el este, entre el brillo del acero, envueltos en una nube de polvo que acabó por tragárselos a todos, hasta que una de las vueltas del camino nos impidió verlos más.

Muchos de aquellos bravos guerreros no volvieron a sus aldeas de Lossarnach. Forlong murió en los campos del Pelennor, al igual que muchos buenos hombres, y su sacrificio trajo la victoria sobre la oscuridad. Pero esa es otra historia y ya la conocéis, y esta está llegando a su fin. La cajita que Baranor

enviara contenía seis hojuelas de *athelas* envueltas con extremo cuidado; y también una nota que me ayudó a escribir, en la que el anciano pedía a su hijo que llevara esa carga al herborista de Minas Tirith, para que las incluyera en las reservas de las Casas de la Curación. Nunca supe por qué hice eso. Cualquiera hubiera guardado aquel recuerdo como un tesoro, o lo hubiera usado en los momentos de necesidad que luego se vivirían en la aldea. Fue un impulso, de alguna forma para mí fue claro que aquel don tan precioso tendría un destino más noble que una humilde niña de Lossarnach, aunque no pude imaginar lo que pasó después.

Pues debéis creer mis palabras, ningún motivo me guía a mentir ni a tergiversar la verdad, a pesar de que la historia sea bella e increíble a partes iguales. De lo que ahora os cuento me enteré mucho más tarde. Esas seis hojuelas llegaron a las despensas del herborista y fueron allí olvidadas, como tal es el destino que se les da a las cosas inútiles. Pero he aquí que el Señor Aragorn llegó a las Casas de la Curación tras la batalla y pidió *athelas*, pues sobre tres enfermos se cernía una sombra que ninguna medicina conocida podía disipar. Después de mucho buscar, las manos de otro muchacho, Bergil, hijo de Beregond, hijo de Baranor, llevó esas mismas seis hojuelas a las manos que las solicitaron. Por esas manos sanaron el Señor Faramir, hijo del Senescal Denethor, y la Dama Éowyn de Rohan, que luego se desposarían y llegarían a ser los Señores de Ithilien; y también Maese Meriadoc, de los medianos, uno de los héroes más destacados aquel día. Una raza de fibra dura, como decimos por aquí.

Las antiguas canciones se cumplieron aquella tarde: "Las manos del rey son manos que curan", y así el legítimo rey fue reconocido, y recorrió hasta altas horas de la noche todos los niveles de la Ciudadela llevando esperanza y sanación a los corazones del nuevo mundo que estaba a punto de empezar.

Después de las celebraciones que siguieron, el Señor Aragorn indagó sobre la procedencia de aquellas *athelas* que tanto mal habían reparado. Al fin me encontró, y me ofreció la gracia de vivir en Minas Tirith, donde aprendería las artes curativas con los más grandes sabios. Vi en todo aquello el símbolo de algo nuevo que renacía, y así accedí a su amable petición.

Puede que os preguntéis qué hace entre vosotros esta pobre vieja que se dice la sanadora del mundo, la que propició el retorno del Rey y salvó tanto daño. Cómo alguien así no está en palacio, rodeada por sirvientes que atiendan todos sus deseos. Yo os digo que estoy aquí porque este es mi sitio. Pasé años muy gratos en Minas Tirith, aprendí mucho; conocí a los sabios y a los poderosos, sí, participé de los designios del mundo. Pero me sentía como una planta en una maceta que no es la que le corresponde. Cuando completé mi formación, solicité volver a mi aldea, a ayudar a los míos. No me arrepiento. Este es mi sitio, aquí crecieron mis sueños y aquí morirán.

A veces recorro todavía el sendero que lleva hasta los puertos del oeste y recuerdo a Lassedhel. Me pregunto si habrá encontrado la paz que ansiaba, como

me ha ocurrido a mí. Paso allí mucho tiempo, y alguna vez viene un hombre sobre un caballo, vistiendo un pesado manto de viaje, como si adivinara que yo estoy allí. Es el Señor Aragorn, que se aleja por unos momentos de palacio y recuerda el placer de recorrer los caminos. Nos sentamos durante un rato y hablamos de cosas sencillas. Es un buen hombre.

Puede que no creáis nada de lo que os he relatado pero, en cualquier caso, aquí termina esta historia. Vuestras caras están sonrosadas y expresan gracia y placer. Así que ya podéis volver a casa; es muy tarde y debo acostarme. Yo sólo soy una pobre vieja que se cansa pronto, necesitada de reposo para sus huesos. ¿Os gustó la historia, decís? Cuánto me alegro. Hasta mañana, entonces, pues suele decirse que el nuevo día trae esperanzas a los Hombres.